

Percepción ciudadana de la participación sociopolítica

David Pac Salas (davidpac@unizar.es) y Jaime Minguijón Pablo

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Resumen: El objetivo del artículo es analizar la percepción que la ciudadanía tiene sobre los políticos y la participación sociopolítica, aplicando técnicas netamente cualitativas (grupos de discusión y entrevistas en profundidad). Los resultados del análisis de los discursos vertidos en los grupos de discusión son: a) la gente se siente más a gusto si es protagonista, pero sólo cuando quiere; b) a pesar de la imagen negativa de los políticos y de las elites sociales, la gente acepta su papel esencial en sociedades complejas y en situaciones de normalidad, pero quiere que le dejen espacio cuando lo pide; c) su modelo implícito de participación se asemeja a lo puntual, pero decisivo (voto y manifestación); y d) recelan de todo aquello que suponga un compromiso a largo plazo y que implique una dedicación mayor de la que están dispuestos a asumir.

Palabras clave: participación, política, percepción ciudadana

Abstract: *The aim of the article is to analyse public perception of politicians and sociopolitical participation, by the application of purely qualitative techniques (focus groups and in-depth interviews). The results of the analysis of the speeches used in the discussion groups are the following: a) people feel more at ease in a main role, but only when they want it; b) in spite of the negative perception of politicians and the social elite, people accept that they play an major role in complex societies and in normal situations, but they want to be given living space when they ask for it; c) their implicit participation model is compared to something isolated, but decisive (vote and demonstration), and d) people are suspicious of anything implying a long-term commitment and a dedication larger than that which they are willing to take on.*

Key Words: *participation, politics, public participation*

1.- Introducción¹

En las actuales sociedades avanzadas las actuaciones de intervención pública se desarrollan en un escenario marcado por la complejidad y la incertidumbre. Por ello, en los procesos de diseño e implementación de las políticas públicas se requiere de un ámbito de resolución colectiva que ha obligado a explorar nuevos espacios de decisión en los que, más allá de lo científico y lo técnico, se tenga en cuenta lo político y, especialmente, es decir, la opinión de la ciudadanía expresada a través de la

1. Una versión de este trabajo fue presentada en el X Congreso Español de Sociología, celebrado en Pamplona en julio de 2010, en la sesión *Las paradojas de la igualdad en democracia: ¿Mediación o acción directa?*, incluida en el Grupo de Trabajo 8 Sociología Política.

participación (Subirats, 2009). Debido a esto, en la última década, estamos asistiendo a una proliferación de procesos y órganos participativos en el ámbito de las diferentes administraciones españolas (estatal, autonómica y local). En general, se suelen esgrimir dos argumentos para justificar este hecho. Por una parte, la necesidad de profundizar en la democracia de corte liberal en la que nos encontramos, partiendo del hecho aparentemente incuestionado de que el ciudadano actual es una persona más cultivada, que reclama un nivel de participación más continuo y de mayor calidad de lo que supone la mera asistencia a los colegios electorales cada cuatro años. Y por otra parte, el convencimiento de que la gestión de la cosa pública no es sólo responsabilidad exclusiva de los poderes públicos, sino que, para que sea efectiva, debe dar cabida a los intereses, expectativas y visiones de los ciudadanos y otros grupos intermedios, como asociaciones, sindicatos, empresarios, etc.. El objetivo de la artículo es presentar los resultados de una investigación sobre las percepciones sociales de la participación socio-política.

2.- Formulación del problema

La planificación en el ámbito específico de las grandes ciudades ha tenido mucho que ver en el éxito y la moda de la participación (Castells y Borja, 1997), así como las experiencias positivas en materia de presupuestos participativos que comenzaron hace una década en América Latina. De esta forma, hemos podido comprobar cómo, en nuestro entorno, los espacios de participación se han ido abriendo paulatinamente a otros colectivos, más allá de la tradicional presencia en ellos de los agentes sociales (sindicatos y asociaciones empresariales). Hoy en día, entidades sociales de diverso corte (discapacitados, desempleados, familiares, etc.), ONG's, el movimiento ecologista, feminista, etc., e incluso ciudadanos a título individual, forman parte de multitud de órganos y procesos participativos que se han creado.

Existe un debate abierto en torno a la eficacia de estos órganos. La experiencia, así como los análisis y evaluaciones realizados, ponen de relieve que la práctica totalidad de esos espacios tienen una existencia anodina. La mayoría de ellos no se convocan apenas o se hace muy esporádicamente. Por otra parte, sus reflexiones y consideraciones tienen una escasa incidencia en las decisiones que finalmente adoptan los órganos ejecutivos de las diferentes administraciones. Al calor de las tendencias en materia de "redemocratización de la democracia" que actualmente están de moda, se han creado multitud de ellos, pero no acaban de entrar a formar parte de forma decidida en la cultura democrática de nuestro país.

Sin embargo, en una reflexión de carácter sociológico, como la presente, no vamos a abordar estas cuestiones, más propias de la teoría política. En este caso, lo que nos interesa especialmente es poner en cuestión, y convertir en objeto de investigación, una de las afirmaciones que se ha plasmado anteriormente y que parte de

hecho de aceptar acriticamente que los ciudadanos, hoy en día, reclaman mayores niveles de participación. ¿Es eso cierto?, ¿podemos asumir el presupuesto de que los ciudadanos, en general, no se sienten a gusto con la participación electoral y, en consecuencia, piden de los poderes públicos un mayor nivel de protagonismo, que se traduce en participar activamente en la política cotidiana, tomando parte activa de procesos y órganos de participación?

Hemos constatado que esta aparente tendencia a la que son proclives los ciudadanos se extiende por doquier. Así, en el otro ámbito clave de nuestras sociedades, el económico, podemos comprobar cómo al calor de las nuevas teorías de la responsabilidad social corporativa, en las empresas se pide mayor participación de los trabajadores, de los consumidores, de los clientes, de la misma forma que en los servicios públicos se reclama la toma en consideración de la opinión de los usuarios. La participación es un concepto, una idea, que posee una carga valorativa claramente positiva, lo que le hace entrar con fuerza en el grupo de esos términos que son usados profusamente sin saber muy bien qué significan, ni si realmente están respaldados por una aceptación generalizada por parte de la ciudadanía.

Por ello, lo primero que debemos hacer es explicar con un poco de detalle qué entendemos en este trabajo por “participación sociopolítica”. Desde nuestro punto de vista, la participación sociopolítica son *“los actos o actividades realizadas por cualquier ciudadano que tratan de influir, directa o indirectamente, en las decisiones adoptadas por las autoridades políticas y sociales (elegidas o no) y que afectan a los asuntos de la colectividad”* (Montero et al., 2006: 30). En este sentido, se considera participación sociopolítica tanto la que se efectúa directamente a través de los métodos tradicionales de carácter individual (el voto, la manifestación, la firma de una petición, etc.), como las novedosas fórmulas generadas en torno a la presencia de entidades de diversa índole en espacios y procesos de participación: las llamadas “mediaciones sociales de la participación”. En este último caso, se podría abrir igualmente un interesante debate en torno a la capacidad verdadera que tienen estas entidades de representar a toda o a una parte de la sociedad, así como en torno a su carácter más o menos democrático, en el sentido de que sean verdaderos vehículos de la participación ciudadana. Pero tampoco nos vamos a detener en este asunto. Lo que nos interesa resaltar es que, analizando la composición de muchos de estos órganos y procesos de participación, podemos comprobar cómo, de facto, son estas entidades las que tienen garantizada la presencia en ellos, con lo que queda abierta la cuestión de si realmente las políticas de participación que han primado en los últimos años (legitimadas en torno a la profundización en la democracia) revierten efectivamente en una ampliación del campo de la participación de la ciudadanía de base. Se dice que el ciudadano exige mayores niveles de participación, pero, ¿se está consiguiendo realmente?

Los datos sobre participación sociopolítica son ciertamente paradójicos. De una parte, todos los estudios de opinión realizados hasta la fecha ponen de manifiesto que la gente siente la política como algo muy lejano y la valoración que hacen de los políticos es claramente negativa². Es más, se comprueba que el interés por la política de la ciudadanía es más bien escaso³. A ese fenómeno se le ha venido a llamar “desafección por la política” y se ha erigido en estandarte del temor que existe en ciertos grupos ante el riesgo de alejamiento de la política por parte de los ciudadanos. Sin embargo, a la hora de analizar la participación en las citas electorales, los datos son sorprendentes, atendiendo a esas opiniones previas. Por centrarnos exclusivamente en las elecciones al Congreso de los Diputados, podemos comprobar cómo en los últimos veinte años, la participación solamente ha bajado del 70% en dos ocasiones, superando en tres casos el 75%⁴. Esto pone de manifiesto que la ciudadanía, cuando llegan las citas electorales, parece olvidar su opinión altamente negativa de la clase política⁵ y esa proclama que se extiende como la pólvora (“*los políticos son todos iguales, da igual quien gobierne*”), ejerciendo su derecho de decidir qué partido será el que gobierne la Nación en los siguientes cuatro años.

De otra parte, los estudios sobre participación en las entidades sociales son igualmente paradójicos. Un simple repaso al caso concreto de Aragón en comparación con los datos españoles nos puede servir para nuestros fines (Milenium3, 2008). Existen en Aragón unas 8.000 entidades voluntarias que efectúan su acción en diferentes ámbitos: Servicios sociales, Deportes, Fiesta, Salud, Desarrollo y promoción comunitaria, asociaciones políticas, profesionales y gentes sociales, Medioambiente, Solidaridad internacional y Protección Civil. Eso da lugar a una densidad asociativa en Aragón (6,9 entidades por cada mil habitantes) superior a la española (5,6), que es debida, en gran medida, a la gran diversidad que produce un territorio tan extenso y poco habitado como el aragonés. Por otra parte, el 7,8% de los habitantes aragoneses pertenece a alguna de esas entidades (en torno a las 88.000 personas), porcentaje inferior al que se da en el conjunto de España (10,6%). Sin embargo, la intensidad de la participación es escasa, ya que se dedican una media de poco menos de cinco horas a la semana (siete y media en España).

2. *Barómetro del CIS, octubre de 2009: ¿Cuál es, a su juicio, el principal problema que existe actualmente en España?:* un 13'3% de los encuestados afirma que “la clase política, los partidos”.

3. *Estudio 2736 del CIS (Internet y participación política), de 2007: ¿Diría Ud. que la política le interesa mucho, bastante, poco o nada?:* un 71'8% de los encuestados afirma que “poco o nada”.

4. Año 1989: 69,74%; Año 1993: 76,44%; Año 1996: 77,38%; Año 2000: 68,71%; Año 2004: 75,66%; Año 2008: 73,65%.

5. *Estudio 2736 del CIS (Internet y participación política), de 2007* también hacía la siguiente pregunta en torno a dos temáticas: Para cada una de las siguientes afirmaciones, dígame si está Ud. muy de acuerdo, de acuerdo, en desacuerdo o muy en desacuerdo:

- “Los políticos no se preocupan mucho de lo que piensa la gente como yo”: un 69'7% afirmaba que estaba muy de acuerdo o de acuerdo.
- “Esté quien esté en el poder, siempre busca sus intereses personales”: un 71'7% afirmaba que estaba muy de acuerdo o de acuerdo.

Evidentemente, el hecho de formar parte de una asociación no puede considerarse como participación sociopolítica, ya que, recordemos, debe darse, además, la circunstancia de que esa actividad incida en la toma de decisiones políticas. Por lo tanto, entre las personas que forman parte de una asociación habremos de distinguir entre los que participan en actividades de grupo, pero sin adquirir ningún nivel de compromiso en la gestión/dirección y los que participan a veces en actividades de liderazgo. No disponemos de datos actualizados, aunque sí de estimaciones, que nos permiten afirmar que en torno a un 3%-5% de los ciudadanos tienen algún tipo de responsabilidad en ese sentido. De hecho, las opiniones de los dirigentes de esas asociaciones van en la dirección de lamentarse encarecidamente por la poca capacidad que poseen de atraer a nuevos asociados hacia esas tareas (Milenum3, 2008).

Otras formas de participación obtienen unos resultados diversos en cuanto al nivel de seguimiento por parte de la ciudadanía. En el Estudio 2736 sobre *Internet y participación política* el CIS (2007), el 21,7% afirma que en el último año ha participado en alguna firma en una petición en una recogida de las mismas, un 12,8% ha asistido a una manifestación; un 4,7% ha participado en una huelga, etc.

Para Sanz (2002) este comportamiento puede calificarse como “cínico”. En todo caso, analizando estos datos en su conjunto, parece evidente que se abre ante nosotros una verdadera paradoja, que se encuentra muy bien resumida en la siguiente idea de Colectivo IOE (2008: 320)

“Por una parte, los ciudadanos afirman los principios democráticos pero sin implicarse personalmente en ellos y adoptando, más bien, una actitud pasiva y dependiente, con escasa capacidad de intervención social; por otra legitiman con su voto a los representantes políticos, al acudir masivamente a las urnas cada cuatro años, pero luego desconfían de ellos (...). Del mismo modo, se acusa a los políticos profesionales de acaparar las decisiones políticas y se exigen más cauces de participación directa, pero la mayoría reconoce que tiene poco interés por la política y ni siquiera es tema de conversación habitual con sus amigos o familiares”.

3.- Metodología

El estudio que hemos realizado ha tratado de indagar en esa aparente paradoja. Para ello, durante el año 2009, se ha realizado una investigación, encargada por la Dirección General de Participación Ciudadana del Gobierno de Aragón, bajo el título “*Percepción ciudadana de la Participación Sociopolítica*”. El objetivo general residía en analizar la percepción que la ciudadanía tiene sobre los políticos y la participación sociopolítica, aplicando técnicas netamente cualitativas: entrevistas a informantes cualificados, grupos de discusión y entrevistas en profundidad.

En primer lugar, en la fase de ruptura epistemológica, se realizaron entrevistas exploratorias a informantes cualificados que nos ofreciesen, dada su posición académica de estudio y análisis de la política, sus opiniones en torno a ese mundo complejo que es la participación.

En segundo lugar, se realizaron tres grupos de discusión. Cabe señalar que en el diseño de los Grupos de Discusión se intenta representar a las distintas posiciones sociales de la estructura social. Consideramos, como variables o atributos previos que definirán nuestro diseño de los grupos: a) edad (jóvenes, adultos y mayores), b) sexo (hombre/mujeres), c) status socioeconómico (clase social media y medio-baja), y d) relación con la participación. Como hemos señalado se realizaron tres grupos de discusión: GD1 “Jóvenes activos”, GD2 “Votantes activos”, GD3 “No participativos”.

Respecto a la realización de tres grupos y no más, se debió especialmente a que con ellos atendíamos en gran medida a la variedad y perfiles de ciudadanos sobre los que queríamos tener información.

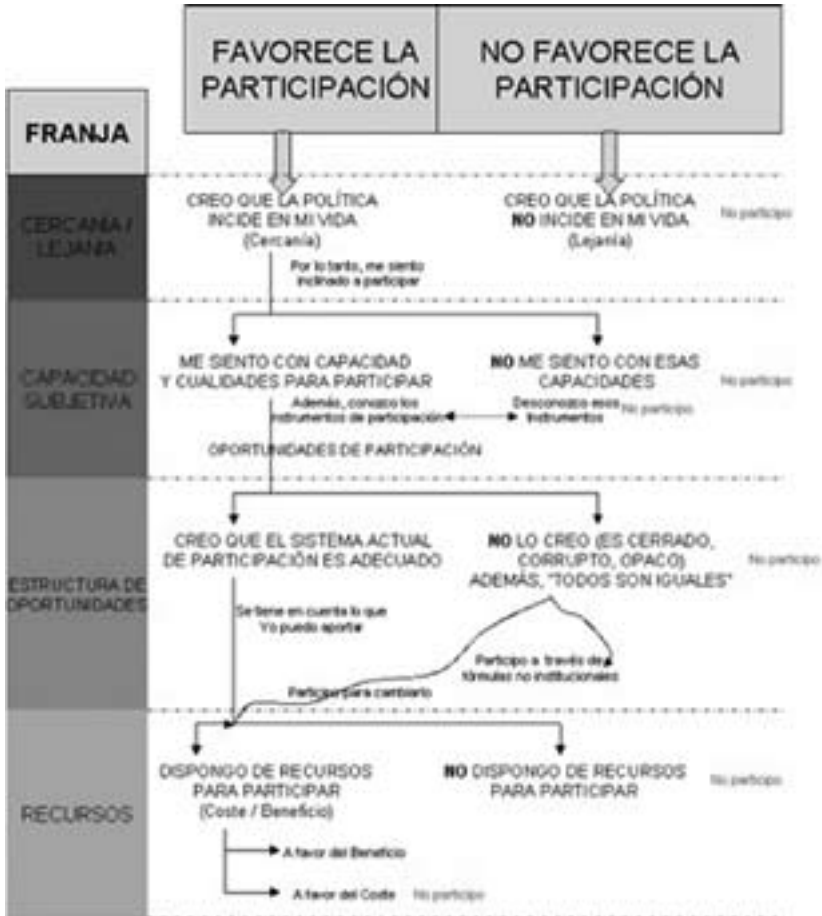
Las personas que han participado en el estudio debían cumplir una única condición: la no pertenencia a las esferas directivas o de responsabilidad de cualquier tipo de asociación (política o sindical) o entidad social. Es decir, no interesaba obtener la opinión de los “profesionales” de la participación, sino de la ciudadanía de base.

Y por último, durante la celebración e interpretación de los grupos, se fueron intercalando entrevistas en profundidad con otros seis informantes cualificados. En este caso, la dinámica de las entrevistas consistía en ir intercalando las opiniones de los entrevistados con las conclusiones que se iban extrayendo del análisis de los grupos. Esa estrategia, hemos de reconocer, se ha convertido en una rica fuente de información, pues nos ha permitido en muchos casos enfrentar el discurso estereotipado de carácter oficial con las propias experiencias de los entrevistados y con las conclusiones, muchas veces contrafácticas, de los participantes en los grupos. En este caso, se hizo especial hincapié en que los entrevistados asumiesen cierto distanciamiento de su propia percepción de la realidad analizada, para que ofreciesen una interpretación de lo que, a su juicio, era la percepción de la ciudadanía de base con la que ellos tenían contactos.

4.- Actitudes, motivaciones, prácticas de participación sociopolítica

La ciencia política dispone de un discurso muy elaborado que trata de explicar las motivaciones y causas que se encuentran detrás de la participación política en general. Algunos de los estudios más relevantes ya han sido citados (Montero et al., 2006; Estudio 2736 del CIS, 2007), pero podrían citarse otros muchos. Lo importante ahora es que un análisis pormenorizado e interpretativo de los mismos, puede resumir la decisión de participar o no participar a través de un complejo sistema de decisiones que, aparentemente, toma el ciudadano en su proceso reflexivo en torno a la participación. En el siguiente cuadro presentamos de forma resumida ese proceso de decisión.

Cuadro 1
 Procesos de decisión de participación socio-política



Como se puede comprobar, a través del cuadro 1 de carácter tipológico, se presentan los múltiples momentos de decisión estratégica que, a juicio de la teoría política clásica, inciden en la decisión final de participar o no participar. Esos momentos han sido agrupados en cuatro dimensiones (que hemos denominado “franjás”) y que están articulados en torno a: el sentimiento de cercanía/lejanía respecto de la política (“en qué medida incide la política en mi vida”), la capacidad subjetiva que tiene el ciudadano respecto a las cualidades que considera necesarias para participar (“en qué medida me siento con capacidad y cualidades para participar”); la opinión que posee respecto a la estructura de oportunidades políticas (“en qué medida creo que el sistema de participación es adecuado”); y, finalmente, el nivel de recursos del que dispone para participar (en términos de coste/beneficio).

En cada uno de esos momentos el ciudadano concreto toma una postura (o tiene una opinión), que puede simplificarse en términos dicotómicos (sí/no), lo que le lleva a tomar una decisión en un sentido u otro respecto a la participación. Más allá de la complejidad, amplitud y profundidad de esta propuesta, lo cierto es que pone encima de la mesa una cosmovisión de carácter ideológico que defiende la participación como algo bueno en sí mismo, y que se sustenta en el siguiente argumentario justificativo de Villajosana (1996: 177-193): a) el ciudadano ocupa una posición no necesariamente adquirida de forma voluntaria en un régimen democrático (lo cual muestra que se trata de un deber y no de una obligación), b) hay tareas que se juzgan valiosas para el mantenimiento de todo régimen democrático, c) algunas de esas tareas (como emitir el voto o participar en otras estructuras) están asociadas al ciudadano, y d) se espera que el ciudadano realice tales tareas.

El análisis de los discursos aparecidos en los grupos de discusión lleva a una primera conclusión, en principio, sorprendente: más allá del esperado ataque visceral a la política, tal y como está instituida, y al desprestigio de los políticos (que entra a formar parte de los estereotipos que caracterizan el inicio del desarrollo de la mayoría de los grupos de discusión), encontramos una encendida defensa del sistema democrático de corte neoliberal, es decir, centrado en la capacidad del pueblo para elegir a sus representantes. Por otra parte, y en contra de las aproximaciones teóricas que nos hablan de ciudadanos individualistas y autocentrados, propios del postmodernismo, observamos que las personas perciben con claridad que el objetivo de la política es la gestión de aquello que se escapa a la esfera individual: el bien común o el interés general, aunque es bien cierto que se trata de unos conceptos que no llegan a definir y que, por lo tanto, se encuentra en el campo de los lugares comunes.

Lo que nosotros tratamos de saber, precisamente, es si ese argumentario lógico tiene presencia en la realidad social, es decir, si esa cosmovisión es compartida por los ciudadanos de igual manera que parecen compartirla las estructuras políticas.

Bajo estas dos premisas (necesidad de gestionar lo público o lo común y defensa del sistema democrático), el encaje que tienen los políticos en su esquema argumentativo resulta de considerarlos como “un mal necesario”. Es decir, en unas sociedades tan complejas como las nuestras no se pueden imaginar un escenario en el que no exista la política y los políticos: alguien tiene que cumplir los roles que actualmente están desarrollando los políticos, por muy mal que lo hagan. La ausencia de democracia y de la política sería una situación menos deseable que lo que observan y ven en la actualidad.

¿A qué se achaca, entonces, la opinión tan negativa que poseen de los políticos? A nuestro juicio, existen dos elementos que son aducidos constantemente en los discursos como medio para criticar las acciones de los políticos: de una parte, “los políticos tienen que hacer bien su trabajo” (gestión de lo común), es decir, tienen que

ser eficaces a la hora de realizar todas las tareas que les han sido encomendadas; de otra parte, “los políticos tienen que ser honestos”, es decir, tienen que desterrarse los comportamientos corruptos, que tan presentes se encuentran en los discursos analizados. Eficacia y honestidad, esos son, resumiendo, los dos patrones a través de los cuales la gente valora la acción de los políticos. Y es bajo esos criterios en torno a los cuales se construye todo el argumentario altamente negativo que ha sido detectado por las encuestas de opinión.

Por otra parte, los ciudadanos sin responsabilidades sociales y políticas tienden a considerar que, bajo esas premisas, con el acto del voto cada cuatro años es suficiente. Es más, para ellos, las elecciones no sólo significan un medio para legitimar el sistema, de lo cual son plenamente conscientes, sino que alcanza la consideración de una evaluación sumaria: ellos, como ciudadanos, son capaces de mantener o quitar gobiernos, en función de la valoración que hagan de sus cuatro años de mandato.

Es interesante resaltar que esa posibilidad de quitar y poner gobiernos otorga un rasgo de legitimidad a la acción de los políticos, por mucho que se sea consciente de que siempre van a primar su interés personal y electoral sobre el común o colectivo. De hecho, las opiniones que se manifiestan en torno a los líderes de las entidades sociales suelen ser igualmente negativas (considerando que forman parte de la misma elite que los políticos y que tienen los mismos defectos), pero con el añadido de que no les perdonan no haber pasado por el filtro de las elecciones (“en virtud de qué nos representan”), además de achacarles igualmente el abandono de una visión global (“sólo piensan en sus propios intereses, ... en medrar”).

Por lo tanto, el “voto” se convierte en el gran instrumento de participación democrática desde la perspectiva del ciudadano. Más allá de él, sólo la “manifestación” tiene tan alta consideración, como medio para que el ciudadano exprese su opinión en el periodo que va entre cita y cita electoral. Voto y manifestación parecen haber alcanzado en el imaginario colectivo una preponderancia de la que habría que analizar sus orígenes, seguramente como prolongación de los medios (manifestación) y los logros (voto) que han teñido la historia de luchas por la libertad. Podría decirse que la modernidad, ejemplarizada desde el punto de vista político por la Revolución Francesa y las que le sucedieron, se ha interiorizado en el acervo común de la forma de hacer política de la ciudadanía.

En este sentido, es justo reconocer que la mayoría de los ciudadanos no ha intervenido de forma activa en la política por medio de otras vías de participación (excepto, quizás, la huelga, fuertemente emparentada con la manifestación) y, especialmente, de las que se están poniendo en boga en los últimos años: espacios y procesos de participación nacidos al calor de iniciativas de los poderes públicos. Cabe decir, en primer lugar, que para ellos el contacto directo con la política o los políticos es algo

que no entra en sus previsiones ni, podríamos decir, en sus deseos. De una parte, porque para ellos la política es algo alejado (salvo, quizás, en los núcleos rurales, aunque en este ámbito asume unas connotaciones diferentes): sólo a través de los medios de comunicación se llega a entrar en contacto con la política (y los políticos), alcanzando aquí su máxima expresión el concepto de “política ficción”. Y lo que ven no les gusta nada: las referencias al teatro de la política y a la inmadurez de los políticos son constantes. Pero, de otra parte, su opinión negativa de la política llega a estigmatizarla hasta tal punto que consideran que todo aquel que se acerca a ella, se mancha (“es imposible permanecer en política y no caer en sus vicios”).

En consecuencia, con estas bases, aunque los ciudadanos no tengan experiencias directas de carácter participativo en órganos y procesos, su opinión, casi podríamos decir “preventiva”, es altamente negativa hacia ellos. No se fían de las convocatorias y de las promesas que puedan venir de los políticos (“al final, como siempre, seguro que nos engañan”) y, además, no creen que esos espacios puedan servir realmente para algo. En este sentido, además, conviene recordar que tampoco alcanzan a ver su sentido real: los políticos han sido elegidos para tomar decisiones y gestionar la cosa pública, ¿por qué han de tomarse ellos molestias en informarse, pensar, acudir a reuniones? Además de sentir cierta incapacidad para ello (“son demasiado complejas”, “no tenemos formación para ello”), opinan que esa es tarea de los políticos. Tarea que, por otra parte, deben hacer correctamente.

Todas estas reflexiones no deben tomarse como un “dejar hacer sin condiciones” por parte de la ciudadanía. Más bien al contrario, en el esquema mental que estamos dibujando, el ciudadano sí que se siente con capacidad y legitimidad para dar su opinión en cualquier momento, sea éste electoral o no. Pero no lo desea hacer a través de estas nuevas fórmulas dirigidas desde los poderes públicos. Como hemos dicho anteriormente, la ciudadanía posee una herramienta que es perfecta para cumplir este objetivo: si hay algo que no le gusta excesivamente o si hay alguna cuestión que desea hacer valer utiliza la manifestación. Y eso normalmente lo hacen cuando sienten que algo cercano a ellos está en cuestión. La cercanía, ya sea física o ideológica, es el verdadero elemento motivador a la acción a través de la manifestación.

En este aspecto, es interesante profundizar un poco más en el sentido que la manifestación posee para la ciudadanía: es la opinión del pueblo. Opinión que, a su juicio, debe traducirse directamente en acción política. Por lo tanto, el ciudadano que hemos dado en llamar de base, no entra a considerar los variados argumentos jurídicos y políticos existentes en torno a los procesos de toma de decisión y que vienen a decir que quienes ostentan por delegación la soberanía del pueblo son los representantes políticos, por lo que son ellos los únicos legitimados para tomar las decisiones; una cosa es participar y otra decidir. Más bien al contrario, lo que piensa el ciudadano es

que él ha puesto a los políticos allí y que en cualquier momento tiene capacidad para decirles lo que deben hacer. Para él, “opinar” (a través de la manifestación) debe implicar directamente “hacer” (por parte de los políticos). Ello no quiere decir que adopten una actitud ingenua. Saben perfectamente que pocas veces el político hace caso de las manifestaciones, pero ese hecho no refuta lo anterior, más bien sirve para apuntalar la idea de que los políticos nunca obran atendiendo al bien común, sino a sus intereses particulares. Y, en todo caso, ya llegarán las elecciones para quitar y dar razones.

Para terminar este apartado hacemos referencia a lo expuesto al principio. Si participación sociopolítica es, tal y como la hemos definido, los actos o actividades realizadas por cualquier ciudadano que tratan de influir, directa o indirectamente, en las decisiones adoptadas por las autoridades políticas y sociales (elegidas o no) y que afectan a los asuntos de la colectividad, qué podemos decir acerca de cómo entiende la ciudadanía la participación. En el siguiente cuadro se presenta de forma gráfica esta cuestión:

Cuadro 2
 Lógica de la percepción de la participación sociopolítica



En primer lugar, sorprende el hecho de que lo político y lo social forman parte del mismo mundo a ojos del ciudadano: son parte de una misma elite, casi de una clase social, alejada de ellos, que adolece de los mismos vicios y que sólo entra en contacto con ellos para sacar beneficios. A eso a lo que llamamos “política ficción”. Además, es el ámbito que para el ciudadano tiene verdadera capacidad de decisión.

En el otro lado de la balanza, sin apenas conexiones con la anterior, se encuentra el mundo de la política y de la participación, tal y como ellos, los ciudadanos, lo viven. Es la política real, la que se basa en el voto y en la manifestación, aunque sólo la primera tiene garantizado la incidencia en las decisiones políticas.

5.- Conclusiones

El trabajo que se presenta en el artículo tiene un alcance limitado. No hemos realizado un repaso exhaustivo a las propuestas teóricas sobre la participación sociopolítica. No era nuestro objetivo. Sin embargo, hemos conseguido desenmascarar las lógicas ciudadanas sobre el concepto de participación sociopolítica. Así que la percepción que tiene la gente en torno a la participación sociopolítica se puede resumir en las siguientes ideas fuerza.

En primer lugar, la gente se siente más a gusto si es la protagonista, pero sólo cuando quiere. En segundo, aunque la ciudadanía, en general, tiene muy mala opinión de los políticos y de las elites sociales, acepta que su papel esencial en sociedades complejas y en situaciones de normalidad, pero quiere que le dejen espacio cuando lo pide. Además, su modelo implícito de participación se asemeja a lo puntual, pero decisivo: a) mediante el voto que puede cambiar el gobierno, y b) mediante la manifestación, quiero que me escuchen y que “hagan lo que digo”.

Y por último, recelan de todo aquello que suponga un compromiso a largo plazo y que implique una dedicación mayor de la que están dispuestos a asumir: a) no son proclives a las problemáticas generales, sino concretas, y b) se sienten más proclives a participar en aquello que sienten cercano.

6.- Referencias bibliográficas

- CASTELLS, MANUEL y BORJA, JORDI (1997) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid: Taurus.
- COLECTIVO IOÉ (2008) *Barómetro Social de España, Análisis del periodo 1994-2006*, Madrid: Traficantes de sueños y CIP Ecosocial.
- MONTERO, JOSÉ RAMÓN; FONT, Joan; torcal, Mariano (2006): *Ciudadanos, asociaciones y participación en España*, Madrid: CIS.

- MILENIUM3 (2008) *Diagnóstico del Voluntariado en Aragón*, Zaragoza: Fundación CAI-ASC (inédito)
- SANZ ÁLVAREZ, RAQUEL (2002) *El cinismo político de la ciudadanía española: una propuesta analítica para su estudio*, Madrid: CIS.
- SUBIRATS, JOAN (2009) “Los espejismos de la razón y los caminos de la participación”, *Participación Ciudadana...para una Administración deliberativa*: 7-17, Zaragoza: Dirección General de Participación Ciudadana. Gobierno de Aragón.
- VILAJOSANA, JOSEP M. (1996) *Cittadino, doveri istituzionali e virtù politiche*, en *Ragion pratica*, n. 6, págs. 177-193.